

UN INVIERNO OSCURO

Tomás Estévez. [tomas.estevez@gmail](mailto:tomas.estevez@gmail.com)

(Adaptado y ampliado del artículo publicado en la Revista salomón Diciembre 2023). Artículo original en <https://pasalapagina.com/salomon/RevistaSalomon.php>



Aníbal cruzando los Alpes De Joseph Mallord William Turner - The Yorck Project (2002) Dominio público. <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=159807> Turner pintaba atardeceres y neblinas producto del clima global que atravesaba por un período especialmente frío conocido como el Mínimo de Dalton, que finaliza en la década 1850-60; justo cuando apenas tomaba impulso la revolución industrial y simultáneamente el calentamiento global dirigido por el sol, el cual se prolongó hasta 1998.

Transcurría el año 218 cuando un ejército de guerreros sobre enormes elefantes africanos descendió de los Alpes. En una escena de película, el legendario Aníbal enfrentaba a los romanos en su propia tierra. ¿Cómo pudieron sortear los glaciares y las tormentas de nieve alpinas? Todo esto fue posible, en parte, porque el mundo atravesaba por un episodio de

calentamiento global que se conoció como Óptimo Climático Romano, prolongado entre los siglos I y V.

Bajo el mismo clima benigno nacieron avances que brindaron fama y gloria a Roma: el acueducto, el arco, la bóveda... ¡hasta agua caliente y domiciliaria! Con la caída del Imperio, ese medio milenio cálido con sus logros tocaba retirada. Comenzaba un episodio de enfriamiento que se extendió hasta el Óptimo Climático Vikingo. De nuevo, el mundo se calienta y se despabila en un frenesí de comercio, innovación y construcciones. Catedrales, universidades, caminos, puentes y faros nacían por toda Europa, mientras las tres culturas intercambiaban saberes con un Avicena, sabio árabe, un Maimónides, sabio judío y un Alfonso X el Sabio, cristiano. En efecto, entre el año 850 y el 1300, el planeta entraba en un episodio de calentamiento global. Otra vez eran bienvenidos el bienestar y el desarrollo que atravesaron el Renacimiento y la era de los descubrimientos, hasta el amanecer del siglo XVIII.

Desde 1675, el Sol anunciaba el reinicio de un período de reposo que duraría hasta 1850. Cada cierto tiempo, aquel disminuye sus manchas, anticipo de tiempos fríos (mínimos solares). Dentro de la dinámica conocida, dos mínimos solares se juntaron hasta cuando nuevamente el calor llegó infaltable desde finales del siglo XIX hasta 1998, el año más cálido del siglo XX. Desde entonces, el clima no se está calentando. Los ciclos se renuevan y entramos al actual enfriamiento, el Mínimo de Charvatova/Landscheit, llamado así por los astrónomos Ivanka Charvatova, checoeslovaca, y Theodor Landscheit, alemán, quienes descubrieron un ciclo de 179 años comandado por el Sol. Las posiciones relativas de los cuatro planetas gigantes –Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno– influyen en el astro rey a través de sus fuerzas de gravedad.

Ya vamos suponiendo con este breve repaso milenario que a los humanos nos gusta más el calor que el frío; y que los períodos de óptimos solares son de innovación y progreso, en tanto que los de frío son de hambrunas, pandemias o de imperios decadentes. Entonces, ¿por qué tanto alboroto ante el calentamiento? Sin duda, esta será recordada como la época en que se culpabilizó a un humilde gas –minoritario en la composición de nuestra atmósfera– que nos alimenta y nos renueva la vida en cada respiración, y propiciado por los medios, el calor nos asustaba. Bienvenidos los veranos planetarios, bendito sea el gas carbónico.

Si reuniéramos a griegos, hebreos y chinos de la edad minoica –período anterior de calentamiento al Óptimo Romano– con romanos, vikingos, con maestros constructores de catedrales, inventores de máquinas de vapor, mineros de petróleo..., en una gran asamblea atemporal, descubrirían un factor común: habitaron tiempos de climas promisorios, veranillos planetarios que se aprovecharon bien. Quedan excluidos de esta gran asamblea los habitantes de la última parte del siglo pasado y las dos décadas de este: aves de mal agüero desde la caja boba (tv) intentaban sombrear nuestros horizontes de esperanza, con anuncios apocalípticos. Los *AlGore*-ros del Apocalipsis nos hicieron creer en la inminencia del final, restándole brillo al cálido siglo XX. Es la primera vez en la historia que una camarilla de oscuros intereses propala frente al mundo la amenaza del calentamiento que ahora revive desde la reunión COP-27 en Egipto, sin excluir la ya acostumbrada congestión de aviones privados de cada año. Y el anunciado cierre, como siempre, con los medios oficiales de desinformación amplificando los anticientíficos anuncios de la ONU.

Ni el frío ni el calor auguraban el fin del mundo. Los antiguos no sentían sobre sus cabezas la espada de Damocles ni temían un mundo dividido por complejos militares de la teatralizada Guerra Fría. Tras la caída del muro de Berlín, emerge una gavilla de globalistas y burócratas supranacionales que nadie nombró, no solucionan problemas cotidianos pero cacarean su fatalidad climática o rebuznan su parasitismo globalista. A comienzos de diciembre de este año de 2022, Europa enfrentará uno de los inviernos más retadores, y las secuelas de agendas verdes, como una electricidad tan costosa que se presta para decidir entre comer o pagar la factura, y una escasez extrema de gas para la industria o la calefacción. A fecha de hoy, finales de noviembre, tomando impulso un invierno que se anuncia extremo: el cubrimiento de nieve temprana es ya de 20 millones de kilómetros cuadrados, dos millones más que el promedio del último medio siglo para el mismo mes de referencia.

¿Desde cuándo los veranos o los inviernos anuales, los calentamientos o los enfriamientos cíclicos significaron un problema?, preguntamos los descendientes de antepasados paleolíticos que superaron la última glaciación sin gas ni carbón ni petróleo; con solo pieles y leña, o artificios de caza primitivos. Por contraste, la muy desarrollada Alemania y toda Europa podrán cotizar en bolsa ya no lingotes de oro sino de leña. ¿Cómo fue que llegamos hasta aquí?

Los Estados parásitos, representados en los reyes del antiguo orden medieval, eran una minoría numérica, una pequeña proporción de aristócratas apenas soportable para la población plebeya o burguesa que les daba sustento. No estaban aquejados por partidos verdes ni por *oenegés*, ni padecían esas oscuras instituciones con siglas de tres letras, usurpadoras de dinero y de poder, que

surgieron tras dos guerras mundiales. Pero, principalmente, no padecían esas preocupaciones existenciales porque no había televisión.

No es el gas carbónico el responsable del calentamiento; no eres culpable por existir ni por disfrutar de una ducha caliente, comer un bistec o utilizar el auto. Pero, tercos en su imbecilidad instituida, ya nos anuncian cuotas e impuestos de carbono, tarjetas de crédito que te contabilizan tu “huella de carbono”, gravámenes a las ovejas por eructar (Nueva Zelanda), a las vacas por orinar (Holanda) y otras muchas ridiculeces que harán reventar de risa a los historiadores durante el siguiente óptimo climático que habrá de regresar quizás a finales de este mismo siglo. Mientras tanto, recemos para que el próximo invierno sea natural y no nuclear.